

principio de derecho que nos ha servido de texto, pero con la precisa condicion de que nos diga S. E. si la revolucion que actualmente sostiene el general Bravo por consecuencia de las consecuencias de la del partido Arista, ¿será legal, necesaria y justa, ó no? ¿Podrá decir el señor Bravo... este es el doloroso caso en que nos hallamos? Si ó no. —Escoja el señor Santa-Anna el estrémo que guste, y conteste por sí ó por apoderado, á cuyo efecto aguardaremos para continuar nuestra materia; porque si tal revolucion lleva las cualidades que hemos insinuado, tendremos que rogar á Dios por sus progresos, mas si resulta pecaminosa y perversa, pediremos al cielo por su esterminio.

Dos medios ha presentado la malicia de los perversos para sojuzgar á los pueblos y sujetarlos á su capricho en desprecio de sus derechos. El de la fuerza de las armas, ó el del engaño y la perfidia. Del primero usaron los tiranos conquistadores para apoderarse de reynos entéros, cuyas depredaciones legalizaban ellos mismos con un derecho que llamaban de Conquista, estos ladrones en grande: cosa que no han podido alcanzar los que roban en pequeño, como esos ladroncillos que asaltan en los caminos al laborioso caminante, y en su casa al pacífico é inerte ciudadano, no obstante de ser muchas veces sinónoma la fórmula é idéntico el oficio. Los conquistadores robaban á nombre de su rey y para S. M., y los ladroncillos del dia en nombre de la nacion y para su soberania. Pasaron ya aquellos barbaros, aciagos y tenebrosos tiempos y con ellos desapareció tal derecho tan quimérico, como cruel y sangriento. Pero como á un mal las mas veces le sucede otro, esos tiranos extranjeros han sido reemplazados por domésticos en estos dias de luzes, de libertad é igualdad, que reunidos en facciones son tan terribles, ó mas, que aquellos, en sus robos, persecuciones y destrozos contra su misma nacion. De un modo peor y con mas descaro que aquellos ultrajan los derechos del hombre y la sana moral en que se fundan los pactos sociales y sin la cual no pueden subsistir, porque ella en todas las naciones que pueblan la tierra, conduce al hombre por el sendero de la justicia, obligándolo sin violencia al respeto de las propiedades, al de la libertad civil é individual de los ciudadanos y al de su culto religioso: ella ha trasado lineas, que nadie puede traspasar, sin cometer un crimen contra estas bases de toda sociedad civilizada.

Las armas de estos perversos en faccion son particularmente los errores que diseminan para pervertir á los incautos y sustraerlos de sus verdaderos derechos: con el engaño se hacen de prosélitos, porque muchos no advierten su malicia, y otros que los siguen por ser viciosos, holgazanes y necios, siempre dispuestos á seguir á aquel, que suelte la rienda á sus pasiones. De esta manera una faccion puesta en contacto con lo peor del pueblo, se apellida popular y declara guerra abierta á las personas mas juiciosas, opulentas y sabias de la sociedad: á los establecimientos y comunidades, y aun á la misma religion del pais, con tal que de sus trastornos puedan sacar su individual provecho. Esta es la razon porque son tan tiranas, opresoras y destructoras de la desgraciada nacion, que llegan á sojuzgar y regir en la mas degradante abyeccion. ¡Infeliz pais que las abriga y tolera, especialmente si tienen su dependencia del extranjero! Ellas maqui-

narán con constante actividad, y la nacion se arruinará por grados hasta perder cuanto estime de mas precioso. Por esto esa plaga perniciosa se vé impulsada siempre á apoderarse de las riendas del gobierno, y hasta entónces no desplega el furor de sus pasiones, porque de otra manera sus esfuerzos serian vanos. Para no dudar de esta verdad, recuérdese la conducta que observó en México Mr. Poinsset: obsérvense sus pasos... penetró hasta el palacio, y ya hemos visto los resultados. No hay estado en la república, en donde no se hallen monumentos melancólicos de las intrigas de los mexicanos sus prosélitos; pero en esta capital aun se conservan mas enérgicos.

Es un contraste capaz de suscitar compasion en el pecho mas egoista ó insensible, el que forman la absoluta miseria de centenares de mexicanos, y las escandalosas sumas que disfrutan ciertas personas por solo el mérito de su relevante patriotismo. Militares retirados, que con su sangre ó sudor hicieron libre y soberana á su patria, hoy mendigan un real, como unos pordioseros, porque no se les paga. Los que han tenido esperanzas de coger algun dinero de las cajas [por sus empeñitos], lo han vendido anticipadamente con pérdida de un 70 por 100, y hay quien haya dado á real el peso. La señora Santa-Anna (no es la abuela de Jesus) paga mejor, segun dicen, no se nos crea, porque compra el peso en real y medio. ¿Se contará esto en el pais mas miserable del mundo? ¿Y habrá gobierno fuera de México, que al saber tan escandalosa especie, no ponga su atencion sobre ese descrédito nacional?

Pues no solamente los retirados, sino otros muchos vivos de quienes la patria podria esperar mas dias de gloria sobre los que le han dado, andan desesperados en la indigencia por el despojo de sus empleos, sin saber por qué motivo legal reportan esta pena. ¿Y qué diremos de los que sobre el mismo despojo de sus empleos, están sufriendo las ansiedades y congojas de un prófugo, que sin hallar crimen en su conciencia, tienen que vivir ocultos en las capitales para evitarse mayores penas? Otros han salido expulsos á paises extranjeros, inhospitalarios sin llevar ni un real de capital, y acaso sin industria para ganarse el pan en ellos. Muchos están gimiendo en los constitucionales y filantrópicos calabozos de la ex-inquisicion, meses ha, y esta es la hora que no saben su delito y por lo mismo carecen aun del alivio que ministra la esperanza de que en tal dia saldrá. Al contrario, esta incertidumbre aumenta sus penas, y si no tienen un caracter judaico, para esperar, deben desesperarse.

Es preciso que mueran unos para que otros vivan. Esta es la suerte de los borregos. No son otra cosa los mexicanos, que han perecido en las batallas de capricho y conveniencia, y los que están muriendo á consecuencia de la miseria, mientras el exmo. señor Santa-Anna se restablece de sus achaques en Manga de Clavo, cuyos aires mágicos pronto recobrarán su salud, y mientras los bribones traidores Arista y Durán se pasan la mejor vida en su destierro, comprado con hechos viles de la mas ignominiosa prostitucion, y á trueque de muchos miles de pesos que se llevaron de la nacion, parte robado, y parte que recibieron en premio de sus infamias por una mano mas asquerosa,